

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Maximiliano Sauza Durán  
maxsauza@gmail.com  
Universidad Veracruzana

## Motivos minuciosos de Gao Xingjian

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 55, enero-marzo de 2021, pp.12-15.

ISSN: 01855727  
Xalapa, Veracruz, México



*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# Motivos minuciosos de GAO XINGJIAN

Maximiliano Sauza Durán

Gao Xingjian, nacido en Ganzhou, provincia de Jiangxi, en 1940, recibió hace dos décadas el Premio Nobel de Literatura y actualmente reside en París. Ha escrito una obra que, en palabras de Sergio Pitol, “es una de las más extraordinarias experiencias literarias de nuestro tiempo”.

Seis son los rincones en el mundo donde surgió de forma prístina ese milagro de la cultura que llamamos civilización: Egipto, que como un loto emergió del Nilo; Mesopotamia, que del barro entre el Tigris y el Éufrates edificó los zigurats; las pagodas amantadas por el afluente del río Indo; las ciudades empotradas en los nichos ecológicos esculpidos por los Andes; las dos orillas del Yangtsé-kiang, donde la civilización china emergió sin prisa ni pausa; y las caprichosas geografías de Mesoamérica, custodiadas por dos océanos, un desierto imperturbable y una interminable selva, brazo amazónico.

No es de sorprender que estos núcleos civilizatorios, al haber dado el primer paso que empujó a todos los demás procesos complejos de la cultura, tuvieran entre sus proyectos el desarrollo de

sistemas de registro gráficos, sistemas que desembocaron en bellas escrituras, y que pese a haber nacido como formas de administrar los excedentes económicos, propagar leyes cívicas y urbanísticas, y registrar eventos de corte religioso y militar, culminaran en auténticas y palpitantes literaturas.

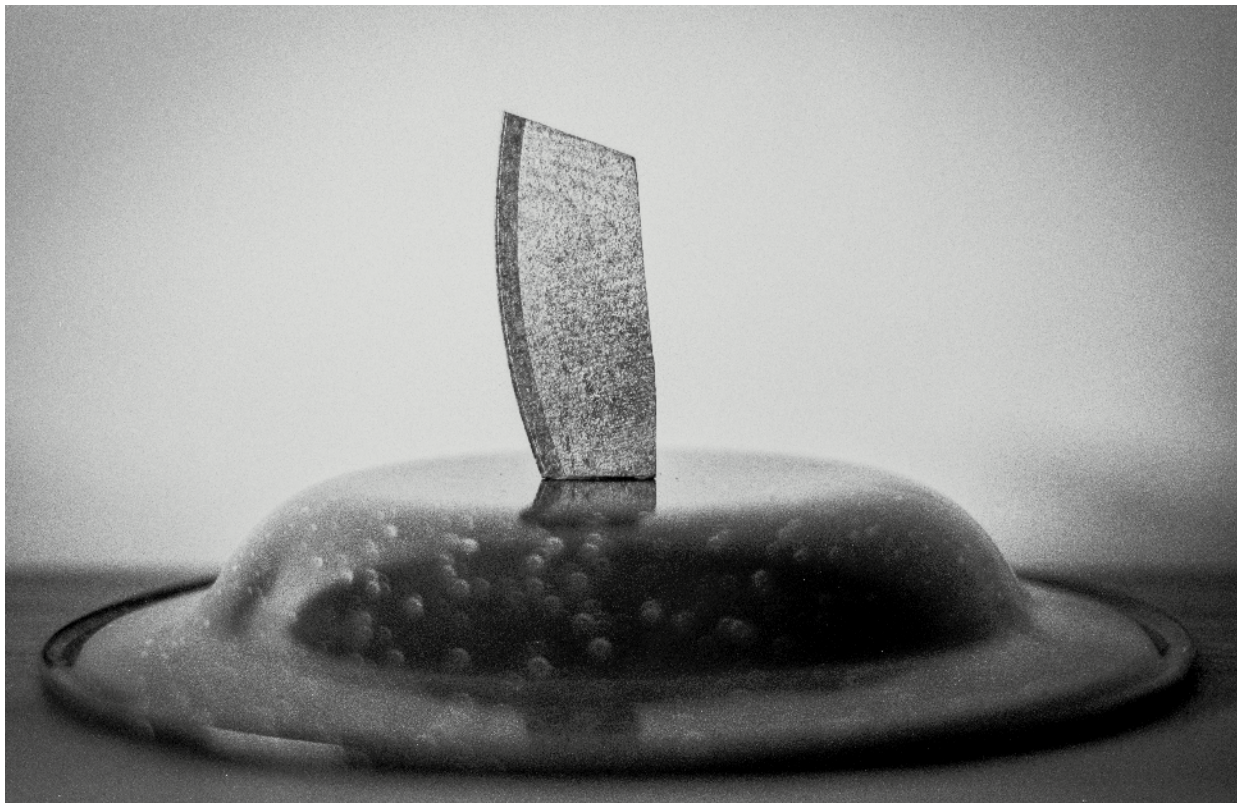
China nos ha dejado al resto del orbe una de las poéticas más antiguas y vastas de la Historia. Gao Xingjian, nacido en Ganzhou, provincia de Jiangxi, en 1940, recibió hace dos décadas el Premio Nobel de Literatura y actualmente reside en París. Ha escrito una obra que, en palabras de Sergio Pitol, “es una de las más extraordinarias experiencias literarias de nuestro tiempo”.

La victoria del comunismo y la Revolución Cultural fermentaron eso que es el alimento esencial de casi todo escritor: la prohibición. Un joven Gao Xingjian, hijo

de una familia ilustrada y burguesa, había cursado estudios universitarios en lengua y literatura francesas en Pekín, a inicios de los sesenta, donde la atroz mecha del comunismo estaba a punto de estallar. Los libros prohibidos del teatro del absurdo, de la novela realista, del existencialismo sartreano, fueron sus acompañantes en el itinerario de los difíciles días de la Revolución, donde el pensamiento de Mao debía ser el de todos los chinos. Gao, despojado de sus bienes, expulsado de la revista donde era traductor y corrector, fue exiliado lejos de Pekín para ser “reeducado” por el autoritario Estado. Cinco años pasó en ese infierno del que poco ha hablado en entrevistas y que fue determinante para que un ya maduro Gao decidiera dedicarse de lleno a la escritura. (En aquella soledad inhumana, quizás, encontró todas las formas de hablar consigo mismo, todos los pronombres del singular, que caracterizan el tono de la obra que le hizo merecedor del Nobel: *La Montaña del Alma*.)

Sus obras de teatro *La estación de autobuses*, heredera de *Esperando a Godot*, según Pitol, así como la *La otra orilla*, fueron prohibidas en 1983 y 1986 respectivamente, después de haber alcanzado un éxito rotundo en los escenarios de su país y de haber causado polémica por mezclar elementos tradicionales de la literatura china con el teatro del absurdo francés.

Rezagado por innovador, intolerable por distinto, Gao Xingjian emprende un viaje de 10 meses por el interior de China, partiendo donde desemboca el Yangtsé y terminando donde nace. Allí se encuentra de nuevo con ese *yo, tú, él*, que retrata en *La Montaña del Alma*, personaje anónimo que no es otro que el propio Gao, quien explora el origen de sí mismo al adentrarse en las profundidades de la Historia.



*Meteorito lunar*

La novela inicia con el choque de dos tazas de té en un vagón de tren. Una plática le hace descubrir a él que existe un destino llamado Lingshan, la Montaña del Alma, a la cual se llega atravesando apretadas selvas y volubles geografías. Un palimpsesto de paisajes, una jungla de mitos, un laberinto de cuentos, un mosaico de máscaras... así me atrevo a definir a *La Montaña del Alma*, pues su trama es un vaivén de analepsis, un árbol cuya raíz es la tradición, el tronco la historia, las ramas los personajes, y el follaje las palabras. Es una obra que critica fuertemente a la Revolución Cultural, la cual paradójicamente acallaba la creatividad de los artistas mientras acentuaba el entusiasmo por la rancia nacionalidad autoritaria; y una crítica a la moral confucionista, que desplazaba poco a poco a las cosmovisiones autóctonas de los pueblos más recónditos de China. En mi escrito-

rio descansa la edición publicada en Barcelona por Ediciones de Bronce en 2001, y en las 651 páginas solo encontré el nombre propio de un personaje, por demás secundario; quedan exentas, claro, todas las referencias a escritores, personajes míticos, e historiadores antiguos chinos, que no son pocos, y que van dotando de sentido a la novela mientras sus haceres son referenciados. Sin embargo, monjitas taoístas, directores de museos, muchachas viajeras con pasados tormentosos, arqueólogos frustrados, biólogos maltratados, camioneros sin rumbo, amigos de la infancia perdidos en el infatigable tiempo, todos son él, tú, yo; todos diluidos en un *nosotros* jamás enunciado.

A lo largo de sus 81 capítulos, el protagonista de *La Montaña del Alma* hace referencias constantes a restos arqueológicos y no pocas descripciones etnográficas. Regresa a su pasado, de la manera más

proustiana, evocado por el mínimo contacto sensorial. Anda el personaje mintiendo a cada rato sobre su identidad: aquí es un recopilador de canciones populares para la Asociación de Escritores; acullá, un periodista buscando un evento que fotografiar. Su vana identidad y su motivo del viaje se explican a partir de un doble diagnóstico de cáncer, que resultó ser falso. La emoción de vivir una diáspora íntima, de experimentar un éxodo de sí mismo, es el objeto de deseo del personaje. El anhelo de no morir, de no fenecer, es un elemento constante no solo en esta novela, sino también en algunos de sus cuentos como "El calambre". En ningún lugar él encuentra lo que busca, pero en todos lados se descubre y se piensa; cualquier espacio es propicio para que el Buda ilumine al que escucha con atención su silencioso destino.

*La Montaña del Alma* es una





*El tiempo es una escultura que construí en mi librero*

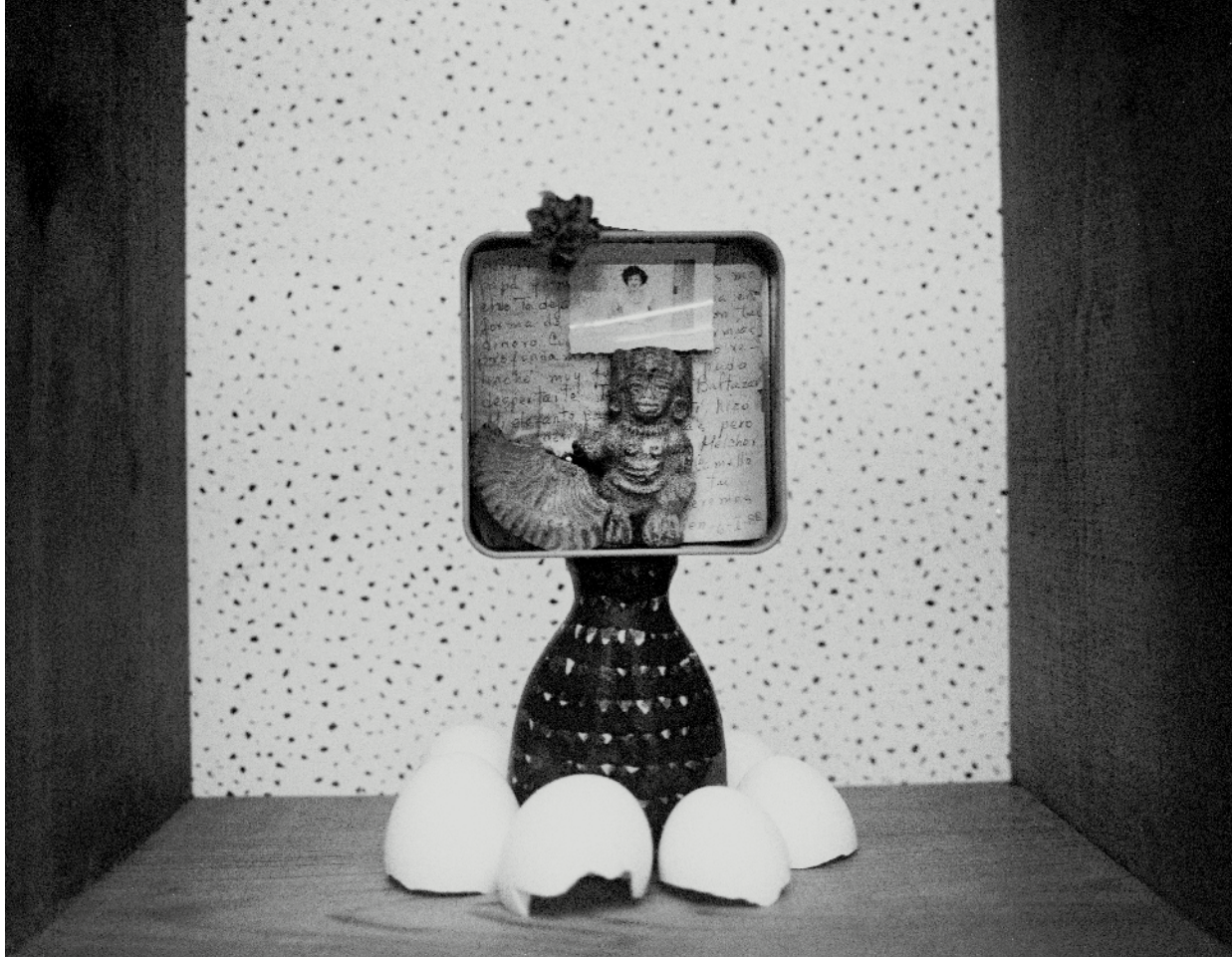
**La Montaña del Alma es un cofre de cuentos, un Decamerón de fantasías orientales antiguas y modernas. Cada capítulo es autónomo, pero se regocija con el anterior y posterior, como las gotas de agua que juntas forman al Yangtsé, como las piedras que unidas forman una ciudad o los jeroglifos inseparables que descansan en la sentencia de una bella estela de piedra.**

novela con una estructura aparentemente complicada, pero que resulta ser de una abrumadora sencillez. Al leerla, uno suele esperar el desconcierto de la digresión, elemento fundamental de toda novela, pero Gao apuesta por algo más arriesgado, algo que podría tildarse de innovador por el mismo hecho de ser sumamente ancestral: recopilar anécdotas que pretenden ser in-

conexas, cuya secuencia construye un ente vivo y orgánico. Mario Vargas Llosa ha dicho que toda gran novela es un conjunto de novelas y, siguiendo esta lógica, *La Montaña del Alma* es un cofre de cuentos, un *Decamerón* de fantasías orientales antiguas y modernas. Cada capítulo es autónomo, pero se regocija con el anterior y posterior, como las gotas de agua que juntas forman al Yangtsé,

como las piedras que unidas forman una ciudad o los jeroglifos inseparables que descansan en la sentencia de una bella estela de piedra. Es a la literatura china lo que *Me llamo Rojo* (de Orhan Pamuk, Premio Nobel 2006) a la turca: un epítome con dos cumbreros: modernidad y tradición.

Mas, conforme se avanza por esta novela crucigrama, por este compendio de cuentos que se entrelazan para unificar la pluralidad de identidades de los personajes, uno descubre poco a poco la cosmovisión de un solo *yo*, un *yo* consciente de lo que está escribiendo, un *yo* que es el narrador que cuenta las historias y un *yo* lector que las recibe del otro lado del papel. La novela calca en sus páginas una impresión de la vida, tan conflictiva y contradictoria, tan abstracta y a la vez tan concreta, que es al mismo tiempo diáfana y nebulosa. Los capítulos



Astronauta

descansan en discursos y técnicas narrativas distintas; en unos encontramos flujos de conciencia y en otros se dilatan las reflexiones taoístas, habitan las páginas los cantos antiguos y los relatos mitológicos, se hallan desde el soliloquio hasta la prosa poética. Las pláticas que parecen no llevar a ningún lado son abundantes en la novela, igual que en cuentos como “En el parque”. Marguerite Yourcenar tiene razón: “La novela devora hoy todas las formas”. A propósito de su búsqueda estilística, Gao ha expresado: “Incluso si cambias los pronombres yo, tú, él, una novela sigue siendo un monólogo”. No puedo dejar de señalar que los últimos 10 capítulos son los más extraños, excéntricos, los más bellos. El 71, por ejemplo, es una disertación sobre la Historia, mientras que el 72 es una profunda reflexión sobre el

arte de la novela. “Este capítulo —el 72, escribe el autor al final del mismo— puede leerse o puede no leerse, pero dado que ha sido leído, no se pierde de nada”.

El lector podrá preguntarse si el personaje realmente encontró la Montaña del Alma. Es difícil decirlo con precisión, porque el viaje que propone esta novela no es el viaje que suelen hacer los personajes de Stevenson, Conrad o Kipling. Es un viaje, sí, por el exterior, y sí, también en el interior, pero es sobre todo un viaje al viaje, una travesía donde siempre “Es el buen camino. Es el que lo toma el que se ha equivocado”: una errancia constante, un destino al que ninguna brújula conduce.

Y porque esta novela nos lleva por “unos motivos minuciosos” página tras página, nada escapa de ella, ningún tema le es ajeno. La depravación huma-

na se manifiesta en terribles avatares, tanto como el reconcilio y la paz ante la vorágine del mundo. En ella caben los lugares más comunes y las mejor logradas descripciones poéticas. En la obra de Gao Xingjian cabe toda la China, pulsa cada palabra adquiriendo ánima propia, confirmando acaso aquel aforismo de Salvador Elizondo: “Los chinos son inmortales, por eso el mundo no puede terminar. La muerte, nuestra muerte, no es sino el despertar de algún chino”. **LPyH**

**Maximiliano Sauza Durán** es arqueólogo y maestro en Literatura Mexicana, por la UV. Se ha hecho acreedor a varios reconocimientos, entre ellos el Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo 2020 por *Los dioses que huyeron*, publicada por la Editorial UV.